

**PALABRAS EN LA PRESENTACIÓN DE  
ROBERT KAGAN**

(MADRID, 8 DE MAYO DE 2006)

Señor Rector de la Universidad San Pablo CEU;  
Queridos amigos de la Fundación Konrad Adenauer;  
Queridos ponentes;  
Señoras y señores;

Muy buenas tardes a todos. Es una gran satisfacción, como Presidente de la Fundación FAES, retornar a este Aula de la Universidad San Pablo CEU. Hace poco más de un año celebramos aquí un ciclo importante de conferencias para conmemorar el decimoquinto aniversario del Derribo del Muro de Berlín y del triunfo de la libertad sobre la opresión y la tiranía comunistas.

Hoy nos convoca una reflexión sobre los valores, sobre la identidad europea y los valores occidentales. Una tarea ambiciosa que estamos realizando en común con una Fundación hermana, con la que nos une una larga historia de colaboración y amistad, muchos proyectos y muchas

ganas de trabajar a favor de los valores y principios que compartimos: la Fundación Konrad Adenauer.

A todos sus colaboradores les doy las gracias por el trabajo y por el entusiasmo que están desarrollando para llevar a buen puerto este ciclo.

Estoy convencido de la importancia que tiene poner a los valores en el centro del debate intelectual y político. Soy de los que creen que el Muro de Berlín no fue derribado por casualidad.

Si la libertad triunfó en Europa hace tres lustros fue por la determinación y el coraje de personas que supieron ser consecuentes con los valores de la democracia, la dignidad de la persona y de la sociedad abierta. Personas que supieron asumir los riesgos y el esfuerzo que demanda vivir en libertad y disfrutar de los derechos y las libertades fundamentales. A todos ellos los recordamos en el ciclo “La revolución de la Libertad”.

Hoy los mismos valores que dieron sentido a la lucha de muchas generaciones a favor de la libertad de Europa y del mundo merecen nuestra atención. Porque, aunque algunos sigan sin querer reconocerlo, invadidos por el *buenismo* de lo políticamente correcto, esos valores están en peligro.

Los terroristas y sus secuaces, sea cual sea la excusa que utilicen para imponer su tiranía, quieren acabar con esos valores. Esta es una realidad terrible que algunos no quieren ver porque demanda decisiones difíciles y fortaleza constante. Hay quienes prefieren rehuir esa responsabilidad y apaciguar al enemigo. La historia nos da, por desgracia, muchos ejemplos de cómo acaba la política de tolerancia con los intolerantes, la permisividad con quienes quieren acabar con las libertades y la democracia.

Pero quizás el mayor peligro que afrontamos sea otro: el de no creer en los valores que hacen posible las sociedades libres; en darlos por supuestos, pensando que son un dato de la realidad y que no es necesario defenderlos ni merece la pena luchar por ellos. Es un mal que nace del relativismo axiológico, de la perversión intelectual y moral que supone creer que todo da igual.

Hoy hemos estado trabajando desde primera hora de la mañana, reflexionando sobre la importancia que tiene un valor que, como muchos otros, parece que está en decadencia: es el valor del respeto a las normas. Es éste un pilar principal del estado de derecho y ha sido también un elemento fundamental en la civilización europea.

De hecho hemos tenido algún problema de traducción para encontrar una traducción satisfactoria. Y al final esta expresión en español, el respeto a las reglas, la hemos traducido al inglés

como *The Rule of Law*. Y eso es así en el fondo porque son las dos caras de la misma moneda.

No es posible imaginar una sociedad libre y civilizada si uno de sus bases esenciales no es el respeto a las normas o la existencia de un Estado de Derecho eficiente y sólido.

No hay libertad en la anarquía. Al contrario, la convivencia civilizada y en libertad debe estar basada en el estado de derecho, en el respeto a unas normas otorgadas por la mayoría y que respeten los derechos y la libertades fundamentales de las personas, interpretadas y aplicadas por tribunales independientes.

¿Está hoy todo ello asegurado? Es una buena pregunta. Cuando reflexionamos sobre lo que hemos visto en Europa en los últimos años, sea desde el intento, culminado con el éxito, de dinamitar alguna de las normas que nos dimos por quienes tenían el deber de velar por ellas, hasta las explosiones

sociales de hace pocos meses donde las normas básicas de convivencia parecen quedar en suspenso durante horas, la respuesta no es tan evidente.

Me parece que se puede hablar con corrección de una crisis del respeto a las normas, del Estado de Derecho, que va más allá de los meros quebrantamientos del ordenamiento jurídico. Porque lo que vemos con alarma es el cuestionamiento intelectual de esos principios o la pasividad o negligencia de las autoridades que deben velar por la aplicación de la ley con la excusa de no se sabe muy bien qué principio superior.

En España vemos con tristeza, preocupación y alarma cómo cualificados responsables públicos argumentan que la aplicación de la ley puede estar en función de determinadas circunstancias políticas. Por eso hay que decir con claridad que la tregua del Estado de Derecho no sería otra cosa que la quiebra de las libertades. Creo que eso sería sencillamente el inicio de la arbitrariedad, algo que llevaría

inevitablemente al debilitamiento de los derechos de las personas.

Después de los horribles atentados del 11 de septiembre de 2001, un verdadero acto de guerra en contra de la civilización, y después de lo que hemos vivido en Bali, en Estambul, en Casablanca, en Madrid o en Londres, está claro que el terrorismo islamista ha decidido emprender una ofensiva en toda regla para imponer su tiranía opresiva.

Es un reto ante el que las personas que deseamos vivir en libertad y en democracia no podemos permanecer indiferentes. Pero tan nefasto como la inactividad o, peor aún, el apaciguamiento con quien quiere destruirnos, es perder el sentido de lo que está en juego. Con nuestra lucha defendemos la libertad y los derechos de las personas. La democracia y la igualdad de hombres y mujeres. La libertad de prensa y la libertad de religión. La justicia independiente y el estado de derecho. En definitiva, la civilización y la sociedad libre y abierta.



Por eso hay que derrotar al terrorismo. Una tarea ardua en la que debemos emplear con paciencia y determinación los medios a nuestro alcance y todas las armas de la ley. Ese ha sido uno de los objetos de debate de nuestro estudio, el conflicto entre las libertades civiles y la seguridad.

También hemos discutido hoy acerca de los retos externos al Estado de Derecho en la Unión Europea. Porque está claro que lo que ocurre más allá de nuestras fronteras es sin duda importante para nuestra seguridad y para nuestra libertad. Vivimos en un mundo globalizado, sobre todo en cuestiones de seguridad. Lo que ocurre fuera de nuestras fronteras es determinante para nuestras libertades. Por eso, y por un imperativo moral elemental, es importante extender la libertad y la democracia en el mundo.

Y nuestra reflexión de esta tarde la queríamos hacer con nuestros amigos de la Universidad San Pablo CEU, porque pensamos que es un debate que interesa a todos, y en especial a las nuevas generaciones que van a tener que forjar y defender la sociedad libre y abierta.

Para centrar el tema de nuestro debate hemos invitado a un gran pensador y polemista. Además es una persona de una sobresaliente agudeza intelectual y de un alto valor moral. Ocurre que es americano y que vive en Europa desde hace unos cuantos años. Eso le ha permitido observar y reflexionar con especial lucidez y valentía sobre la relación entre los dos lados del Atlántico y el distinto enfoque que sobre la seguridad y los retos a la libertad se perciben a uno y otro lado.

Robert Kagan, si se me permite, pertenece a esa categoría de viajeros curiosos que no sólo observan lo que está pasando en los países que recorren, visitan o, en este caso, viven, sino también las

fortalezas y las debilidades que caracterizan a las distintas sociedades. Sus reflexiones sobre Poder y Debilidad son una referencia ineludible para plantearse el futuro de la relación atlántica y de la seguridad en el mundo de después del 11 de septiembre.

A mi me han servido para reflexionar sobre los retos a los que se enfrenta la sociedad libre y abierta amenazada por el terrorismo y el fundamentalismo yihadista y lo esencial que es que los Estados Unidos y Europa preserven una unidad en los valores y la determinación de defenderlos ante un enemigo común. Una tarea que no es fácil y que, por supuesto, no tiene asegurado el éxito.

Hoy mismo, Robert Kagan nos advierte que la amenaza terrorista no es la única. Una “liga de dictadores” puede estar forjándose, ya que los estados autoritarios tienen sus propios intereses estratégicos. Sin duda que este fenómeno puede condicionar a las sociedades liberales.

Debemos hoy su presencia a su amabilidad y también, todo hay que decirlo, a la tenacidad y la constancia de Ana Palacio. Ana es también una viajera infatigable, casi más que yo, me temo, y eso es decir mucho, y que utiliza sus muchas energías para defender en todas partes la idea de que la libertad merece la pena, que está amenazada y que las ideas son importantes para vencer al totalitarismo y a la tiranía que hoy, como muchas otras veces en la historia, pretende destruirla.

Hoy venimos a escuchar a Robert Kagan disertar sobre Valores Occidentales e Identidad Europea. Porque creo que estaremos de acuerdo en que hay valores occidentales, valores que compartimos a uno y a otro lado del Atlántico y que tienen sin duda una validez universal. Estamos hablando de la libertad, de la democracia, de la igualdad entre hombres y mujeres, de la libertad de prensa, esta vez tan en entredicho.

Pero está claro también que la voluntad de defender esos valores que están en riesgo difiere a un lado y otro del atlántico. Y que en cierto modo se ha hecho cuestión de la identidad europea la construcción o la invención de otros valores que nos alejan de esa comunidad que llamamos occidente, y que en definitiva ponen en riesgo su pervivencia a largo plazo. Si hay hablamos de normas, del respeto a las normas como unos de los pilares de Europa, hemos de hablar también de cómo no cumplimos esas normas o incluso de cómo abdicamos de la necesidad de defenderlas cuando están en peligro.

Parece que no es una cuestión baladí, no sólo tras los ataques del terrorismo yihadista de los últimos años sino cuando vemos cómo se ciernen nuevas amenazas en el horizonte, con teocracias agresivas que pretenden incumplir sus obligaciones internacionales o cuando grupos terroristas, considerados así por la Unión Europea y por los EEUU, tienen el poder en Palestina.

Por eso es importante reflexionar sobre el respeto a las normas y sobre qué es posible hacer internacionalmente cuando esas normas se violan y se ponen en entredicho poniendo también en riesgo la seguridad y la estabilidad.

No hay ninguna sociedad que pueda sobrevivir si no está dispuesta a asumir los costes y los sacrificios que exige su propia defensa. Pero tampoco podrá sobrevivir una sociedad si no se cree en los valores que la fundamentan.

Si hablamos de Europa hoy estamos hablando de los valores de la libertad y de la democracia, que fueron conquistadas a lo largo de la historia. Esos valores han sobrevivido en suelo europeo gracias a la generosidad y a la determinación de los Estados Unidos, la mayor democracia del mundo, que por tres veces a lo largo del siglo XX fue capaz de ligar su destino a Europa en la defensa de la causa de la libertad.

Sobre todo esto esperamos las reflexiones de Robert Kagan y los comentarios posteriores de Rudolf Dolzer, Director del Instituto de Derecho Internacional de la Universidad de Bonn, y antiguo Director de los Servicios de Inteligencia en la Cancillería; de Franck Debié, Director de la Fondation pour l'Innovation Politique; y de Roberto Di Maria, Profesor de Derecho Constitucional de la Universidad de Palermo y miembro de la Fundación Magna Carta. A todos ellos les doy las gracias por su generosidad y sus comentarios y a todos ustedes por su presencia en este acto.

Muchas gracias.